

II Congreso Pan Americano de Arquitectos

Continúan con todo entusiasmo los trabajos de organización del Segundo Congreso Pan Americano, que tiene a su cargo el Comité Ejecutivo que preside en Santiago de Chile el Arquitecto Ricardo Larrain Bravo, y que se celebrará en aquella ciudad del 10 al 20 del próximo mes de Setiembre.

De todos los países de América se aprestan nuestros colegas a concurrir con abundantes trabajos sobre los temas oficiales, así como también a enviar numerosos proyectos que demostrarán en la Exposición Panamericana de Arquitectos que se celebrará conjuntamente con el Congreso, el grado de adelanto de este arte en cada país de América,

Nuestros colegas que deben a estos Congresos un interés especial por estar vinculados a ellos por su iniciativa, se ocupan de aportar a éste su opi-

nión sobre los temas oficiales, y las Comisiones que se designaron en oportunidad para que informaran sobre ellos deben enviar en estos días al Comité Ejecutivo de este país los resultados a que han llegado, los que serán enviados a Chile inmediatamente.

También en este momento se están recibiendo en el local destinado a ello, situado en la calle 25 de Mayo 230, los trabajos que serán mandados para figurar en la Exposición de Arquitectura, figurando entre ellos los de los profesionales, estudiantes de la Facultad de Arquitectura, Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, los de la Dirección de Arquitectura del Consejo Departamental de Administración y los de la Dirección de Construcciones Militares del Estado Mayor del Ejército.

EL MONUMENTO A ARTIGAS

EL PROSCRIPTO. -- Cuando Artigas se alejó para siempre en un ostracismo que sólo terminaría con la muerte, nada quedaba de su obra. Suscaudillos más prestigiosos lo habían traicionado y vencido. Sus tenientes estaban prisioneros o habían muerto en los campos de batalla. Las tropas extranjeras ocupaban toda la Banda Oriental. La calumnia se cebó entonces en su memoria y no hubo oprobio que no cayera sobre su nombre, ni infamia que no se atribuyera al desterrado.

Sin embargo, a pesar de la amargura del fracaso y de los dictérios de los enemigos y de la acción demoleadora del tiempo, su pueblo, — el pueblo del Exodo, — conservó intacto el recuerdo de su Jefe. El fallo condenatorio de la historia oficial no hizo mella en el corazón de sus hijos. Frente a las diatribas que el error y el odio acumularon sobre su figura, Artigas se alzaba en el espíritu de sus compatriotas como el héroe epónimo, de todos querido y por todos venerado.

El culto artiguista fué algo instintivo, ageno a todo raciocinio. Poco a poco, con la lentitud de las grandes empresas, algunos obreros abnegados fueron desescombrando la espesa capa de prejuicios que cubría su nombre. Se rectificaron conceptos, se compulsaron documentos, se refutaron calumnias y Artigas, libre al fin de escoria y de lodo, penetró "por su propia virtud" en el panteón americano.

La figura del Protector de los pueblos libres, madura ya para el bronce de la gloria, tuvo su es-

tatua un siglo después de hundirse en el destierro. Cumplióse así la aspiración constante de varias generaciones y quedó saldada una deuda de la gratitud nacional.

EL BASAMENTO. — En el boceto de Zanelli, ganador del concurso, el basamento era un simple dado de altura relativamente pequeña. El artista lo modificó por completo al darle un gran desarrollo en elevación. La primera idea, más sencilla ¿era acaso superior a la actual? La respuesta es dudosa; pero, en cambio, no es dudoso que, realizado en aquellas condiciones, el monumento hubiera parecido al público demasiado reducido para perpetuar la memoria del fundador de la nacionalidad. No ha de olvidarse, por otra parte, que el Gattamelata y el Colleoni, prototipos de la estatua ecuestre en la edad moderna, están colocados sobre pedesiales de gran altura.

El basamento es simple y grandioso, sin molduras inútiles ni decoraciones parásitas. Sobre las tres gradas que le dan poderoso asiento, se levanta el plinto, desde el cual emerge recto, severo, imponente en sus líneas austeras el pedestal de la estatua. La vista del espectador asciende sin obstáculos desde el césped que rodea la base, reposa un instante en la faja esculpida y llega sin esfuerzo hasta la figura superior.

La piedra del revestimiento es soberbia y su color entona admirablemente con el bronce. La colocación de los sillares deja mucho que desear y hay algunos con defectos evidentes. En una ubicación poco feliz, pues corta al monumento en tres

ARQUITECTURA

zonas iguales, se desarrolla el bajo relieve que representa el Exodo del pueblo oriental.

El friso está ejecutado de modo que llene su función ornamental y significativa, animando la desnudez del pedestal, pero sin distraer la atención de la estatua, motivo central del monumento.

La idea está bien concebida y realizada con maestría. Hay movimiento y armonía en el conjunto,—hay vida y naturalidad en los detalles. El artista ha tratado el legendario episodio en un tono pintoresco que sirve de prelude al tema heroico de la estatua. Seducido por el interés del asunto, lo ha estudiado con cariño. El tumulto de la caravana en marcha,—los gauchos de vigorosos miembros,—los grupos animados de mujeres,—las madres con sus tiernos infantes,—los "gurises" graves o sonrientes,—los viejos cansinos,—las pesadas carretas,—todos los dolores y las gallardías de la errante monotonía, animada por un soplo de epopeya, han sido traducidos con sentimiento y acierto.

A pesar de la buena voluntad evidente del escultor se notan algunas inexactitudes arqueológicas. Pero hay que convenir sin embargo en que, difícilmente un autor extranjero hubiera interpretado con mayor fidelidad la peregrinación azarosa del pueblo oriental que, acosado por el enemigo, abandona el suelo desolado de la patria.

LA ESTATUA.—El grupo que corona el monumento ha sido objeto de los más variados comentarios, desde los que aseguran con entera buena fé que es la mejor estatua ecuestre del mundo hasta los que le niegan todo valor estético, sin olvidar a los que protestan ingenuamente porque el corcel que monta Artigas no es un caballo "criollo". Efectivamente, ni es criollo, ni árabe, ni de ninguna raza conocida. Es simplemente el caballo clásico, el caballo "héroe". Pertenece a la familia de la cuádriga del Mausoleo,—del que cabalga el emperador filósofo en la plaza del Capitolio,—de los que llevan sobre sus robustos lomos a los recios "condottieri" de Padua y de Venecia, de los que Girardon y Rauch dieron por corceles a Luis XIV y Federico el Grande. Tampoco Artigas es el que conocieron sus contemporáneos. Es Artigas "heroizado",—Artigas en apoteosis,—símbolo supremo de una idea, paladion intangible de una patria.

El grupo es sobrio y majestuoso. Nos hemos librado de los guerreros enfáticos con la espada amenazante,—de los caballos encabritados,—de los gestos teatrales,—de los simbolismos rebuscados,—de las actitudes violentas,—de la vana propopeya que se extiende como una peste fatal sobre la mayor parte de los monumentos realizados en la pasada centuria.

La estatua aparece perfectamente equilibrada. A la masa formada por la cabeza del caballo se opone en el otro extremo la cola con las crines desflecadas. El jinete ocupa precisamente el eje del

monumento y esa posición central está acusada todavía por la espada pendiente de la montura. Este detalle anacrónico de la espada, sea dicho entre paréntesis, ha provocado naturalmente la crítica de nuestros buenos arqueólogos.

El corcel es grande y vigoroso, pero está lejos de carecer de elegancia. Doblega impaciente su cabeza llena de fuego, azota sus flancos con la cola, hincha los músculos en un esfuerzo contenido, pero se acomoda al ritmo pausado que le impone la mano firme del jinete, abstraído en la visión de un ideal lejano.

Artigas, sentado gallardamente en la silla, lleva arrollado sobre los hombros el poncho que desciende en amplios pliegues por la espalda. En el boceto primitivo, el poncho cubría al jinete y caía sobre la grupa del caballo. Recogido como está ahora, deja libre el torso que se alza dominante para soportar la noble cabeza descubierta donde brilla la chispa del genio.

Artigas, llevando en su mano derecha el texto profético de las Instrucciones, absorto en profunda meditación, no ve a sus hijos que cruzan reverentes ante su estatua colocada en el emplazamiento de la Ciudadela colonial,—no contempla la ciudad de Zabala, último baluarte español en el Río de la Plata. Bajo la bóveda espaciosa de su frente, dentro de la arcada poderosa de sus cejas, desde sus ojos "azules y grandes y serenos como el mar", su mirada penetrante se dirige a lo lejos, más allá del horizonte.

Ese jinete es un guerrero y la espada victoriosa de Las Piedras y Santa María pende a su lado. Es un conductor de muchedumbres y su pueblo, rodeando su figura de bronce, le sigue en confuso tropel hacia el doloroso ostracismo. Es un creador de patrias y, como un altar, se levanta su monumento en el corazón de la Metrópoli.

Pero es también un visionario y la contemplación de su sueño interior es la que anima con extraño fulgor su mirada de águila. "Es el hombre que creyó en el pueblo americano, cuando el pueblo era un misterio; el que lo amó y lo respetó en sus atributos esenciales, y lo vió bueno cuando el pueblo no era amable; el que salió su fiador cuando el pueblo americano era insolvente; el que cargó con sus deudas y aún con sus culpas y sus oprobios cuando el pueblo era indefenso".

Así dice nuestro Poeta nacional que cantó la Epopeya del caudillo con la cual dió al artista la materia prima de su obra. ¿No está expresado también el carácter de Artigas en la estatua de Zanelli? Precisamente por esa razón aquel jinete de bronce, grande y sencillo, no podría representar a ningún otro de los héroes de la emancipación americana. Solamente Artigas puede encarnarse en este caballero noble y pensativo, que avanza sereno con la fe inquebrantable en el triunfo de sus ideales,

ARQUITECTURA

pero con la convicción dolorosa del holocausto que hará de él la víctima propiciatoria cuyas amarguras cimentarán para siempre el establecimiento de la democracia en la zona austral del Continente.

EL ESTILO.—Después de haber agotado el estudio minucioso del natural, la escultura contemporánea se halla animada en muchos de sus sectores por una tendencia a la simplificación de la forma, a la interpretación sintética de la naturaleza. Esa corriente ha llevado también a algunos artistas a cultivar el arcaísmo como el medio de expresión más adecuado para estilizar la escultura.

Zanelli no participa de ese movimiento "arcaizante" que se propone encerrar en la afectada simplicidad de los moldes primitivos la compleja inquietud del espíritu moderno. Esta circunstancia no podría considerarse como una falla de la obra del escultor italiano sin desconocer la esencia misma del arte y las leyes que rigen su perpetua evolución.

La "manera" del artista es simplemente un medio y tiene por lo tanto una importancia hasta cierto punto secundaria. Lo que interesa en la producción de arte no es el procedimiento con que aquella ha sido ejecutada, sino el resultado obtenido por el autor, la interpretación que nos da del mundo exterior, el espíritu, la emoción que ha infundido en su obra.

Es precisamente un error actualmente bastante difundido el conceder a la "factura" una supremacía que no le corresponde. Se ha llegado así muchas veces a considerar la obra de arte, más que como la expresión de un ideal, como la solución de un problema de técnica.

Las tendencias, las maneras, los estilos, nacen,

se desarrollan y, —después de un momento de esplendor en que el artista cree ingenuamente haber encontrado la fórmula perfecta y definitiva de su arte,— desaparecen para dejar paso a nuevas orientaciones. En su incesante "devenir" el arte va legando a la humanidad las obras maestras en que están representadas las direcciones más opuestas y los estilos más diversos. Basta que una obra encierre en su seno una chispa de la Belleza eternamente perseguida, para que,—sea cual fuere su orientación,— posea un principio de inmortalidad en cuya virtud sobrevive a la desaparición del estilo que le dió nacimiento.

Desde el instante en que el monumento de Zanelli —sin estar exento de defectos,— sea una obra de arte, poco importa que responda a ésta o aquella tendencia. Y sobre ese punto podemos estar tranquilos. Al levantar la estatua de Artigas, hemos cumplido una deuda de gratitud, reparado una injusticia histórica, afirmado los destinos de la raza, legado a la posteridad un ejemplo perdurable de abnegación y patriotismo.

Pero hemos hecho algo más aún. Al honrar la memoria de Artigas hemos honrado también al Uruguay, erigiendo un monumento en que se armonizan la expresión de la Belleza y el sentimiento de la Patria,—un monumento que es exponente de cultura y de progreso,— un monumento digno, en fin, de la gloria de aquel extraño vidente que acabó sus días bendecido por los desamparados como el Padre de los pobres, después de haber sido aclamado por las muchedumbres como el Protector de los pueblos libres.

ROMÁN BERRO.

